

**VIVIENDO LA VIDA**

**ON FIRE**

**DIANINA XL**



**VIVIENDO LA VIDA**

**ON FIRE**

**DIANINA XL**

LIBROS **CÚPULA**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Diana de Bernardo, 2019

Edición y corrección: Sara Díaz Mata

© ilustraciones interiores: Angela Monserrat Cabanillas Pérez, 2019

© imágenes interiores: Shutterstock

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

© fotografía de cubierta: Víctor Manuel Lara

Primera edición: mayo de 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A. [www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-480-2573-1

D. L.: B. 4.890-2019

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

**UNEX**

**PECTED**

# ÍNDICE

<b>Introducción</b> .....	<b>16</b>
<b>ESTA NIÑA ES UNA DÉSPOTA</b> .....	<b>18</b>
<b>ME LIBRÉ, POR MÍ, POR TI Y POR TODOS MIS COMPAÑEROS</b> .....	<b>42</b>
<b>LA MIA FAMIGLIA</b> .....	<b>52</b>
<b>AMOR EN TIEMPOS DE GORDA</b> .....	<b>72</b>
<b>EL FIN DEL LETARGO</b> .....	<b>100</b>
<b>GRAN HERMANO <i>FAT</i></b> .....	<b>114</b>
<b>DIARIO DE UNA NO DELGADA</b> .....	<b>164</b>
<b><i>The final</i></b> .....	<b>184</b>
<b>Epílogo. Bárbara de Bernardo</b> .....	<b>190</b>
<b>Agradecimientos</b> .....	<b>202</b>

**1**

**ESTA NIÑA**

**ES UNA DÉSPOTA**





# 1

## ¿CÓMO UNA VÍCTIMA SE PUEDE CONVERTIR EN VERDUGO?

Parece algo imposible, pero la realidad es que sucede casi sin darte cuenta. Empezamos fuertecito, pero no te asustes, esto no es ninguna tragedia griega. Una, que quiere crear *hype*. Bueno, sin más preámbulos, voy a ponerte en situación:

Crecí en una familia de cuatro. Mi madre, una mujer muy resolutiva y extrovertida como buena canariona que es, supertrabajadora, *demasié pa su body* y *pa'l* mío, tenía horarios imposibles y muy pocos días libres. Recuerdo con mucho cariño sus técnicas para educar a esta pequeña «salvaje» y su frase estrella de «nunca hagas caso a tu madre». Cada vez que me decía que tenía que hacer algo, y yo le discutía (porque otra cosa no, pero desde pequeña me ha encantado darle a la sin hueso), sentenciaba que si no lo hacía, sucedería un desastre y terminaba con el famoso «nunca hagas caso a tu madre». No me preguntes qué magia negra había detrás de esto, pero si no le hacía caso, se cumplía su predicción. A mí era algo que me alucinaba y aterrorizaba a partes iguales, si me decía: «Diana, centra el vaso en la mesa que se te va a caer», y yo no le hacía caso, sorpresa, se caía. Parece pura lógica, pero yo creía que mi madre tenía algún tipo de superpoder del cual



no podía escapar. Le salió bien la jugada y casi siempre le obedecía.

Mi madre siempre ha sido una mujer con curvas, para que te hagas una idea, con una talla 40-42, que con los años se ha convertido en una 44. Vamos, ya firmaba yo para pasar de los sesenta años y estar así de divina. Otro de sus superpoderes es que después de dos partos y una vida trabajando de pie no tiene ni un gramo de celulitis, ni una estría y ninguna variz. Tiene un trasero que desafía la ley de la gravedad sin haber hecho en su vida ni una sentadilla, y aquí es cuando me siento identificada con Becky G en su canción *Booty*, cuando dice eso de «este culo lo heredé de mi mamá». Pero del resto ni hablar, todo lo que no tiene ella me lo quedé yo por duplicado, soy así de egoísta.

Paso a la otra parte culpable de que hoy esté aquí. Mi señor padre, un toledano corpulento, de apariencia muy seria, siempre muy correcto, con una voz grave y profunda que acompañada de un bigote frondoso impone muchísimo. Pero las apariencias engañan y, en este caso, mucho. Es un artista, pintor y escultor, *lisensiado* en Bellas Artes; te puedes imaginar la situación de hacer esta carrera y pertenecer al gremio de artistas en plena dictadura española. Ahí lo dejo.

Tiene una sensibilidad increíble, animalista donde los haya, y un humor negro que me encanta; por desgracia no heredé el don de la pintura, pero sí su cachondeo y creatividad.

Así que he crecido en una casa donde no hay ni un centímetro de pared libre, está llena de sus cuadros y esculturas, entre las

que hay representaciones del cuerpo de la mujer. Todas son con cuerpos voluptuosos, tienen barriga, pechos caídos y muslos que rozan entre sí. No os imaginéis un rollo Botero, se acerca más a mi tipo actual de cuerpo. Vamos, físicos que reflejan la realidad de millones de personas.

Otro de los talentos de mi padre es la cocina, a él le gusta cocinar y a mí me encanta comer, en este sentido somos *best friends*. Pero cuando esto se traduce en una niña que solo quiere comer fritanga y un padre que trabaja todo el día y que a la hora de cenar quiere tenerla contenta y cree que tiene que comer cuanto más mejor para crecer, se convierte en cenar a las diez de la noche huevo frito con patatas fritas, puré de patatas con pechuga de pollo (empanada y frita con su buen litro de aceite) y otros manjares. Porque si se le ocurría ponerme algo verde o a la plancha en el plato, me enfurruñaba y cerraba el pico, y, claro, ¿cómo va a estar la niña sin comer? Entre que era la pequeña y yo, que sabía cómo encandilar a mi padre, siempre me salía con la mía.

Siempre he sido un poco perversa con él. Recuerdo un día que mi padre vino a recogerme al colegio y no me había traído la merienda. Yo salía a las 17 h y podía morderte el cuello como no me hubieras traído algo que echarme a la boca, así que me hice la pobre desvalida y le dije que no aguantaba la hambruna que me acechaba hasta llegar a casa (diez minutos) e insistí en ir al quiosco a por la merienda. Yo ya estaba tejiendo mi macabro plan de zamparme mis buenos donuts a escondidas de mi madre, ya que con ella mis técnicas de

«manipulación» no funcionaban. Como yo esperaba, mi padre cedió a mis irresistibles ojitos de niña desnutrida y entramos a comprar un paquete de donuts blancos acompañado de la frase «no le digas nada a mamá, ¿eh?». Empecé a comerme mis donuts de la victoria y cuando ya solo me quedaba el último bocado, me tropecé y se me cayó al suelo. Bueno, el pollo que monté, me puse a llorar, gritando en medio de la calle que tenía hambre, que me comprara otros donuts (*showoman* desde que era un mico). Así que imagínate el percal de mi padre con la niña histérica y todo el mundo mirándolo con ojos acusadores... ¿Pues qué hizo el santo hombre? Ir a comprarme otros. Y así fue como conseguí comerme cuatro donuts en vez de un sándwich de pavo. Aunque la segunda parte fue mucho mejor: cómo tuve que fingir esa noche que me encontraba mal para que mi madre no nos pillara porque, evidentemente, cuando llegó la hora de la cena, no me entraba ni media patata.

Y, por último, mi hermana. ¿Que cómo es? Imagínate con unos cuantos kilos y centímetros de altura menos y con las facciones más dulces y ahí la tienes. Ella, al no ser perversa, tiene un rostro más amable.

Es cinco años mayor que yo, aunque su piel diga lo contrario, y cuando éramos pequeñas siempre me cuidaba, teníamos una relación muy buena. Eso sí, ella era la responsable y estudiosa y yo el trasto que pasaba de curso raspadito porque prefería jugar (y más adelante, irme de parranda) que hincar codos.

Aún recuerdo cómo le suplicaba que me «ayudara» con un trabajo del cole o, lo que es lo mismo, el día de antes de la

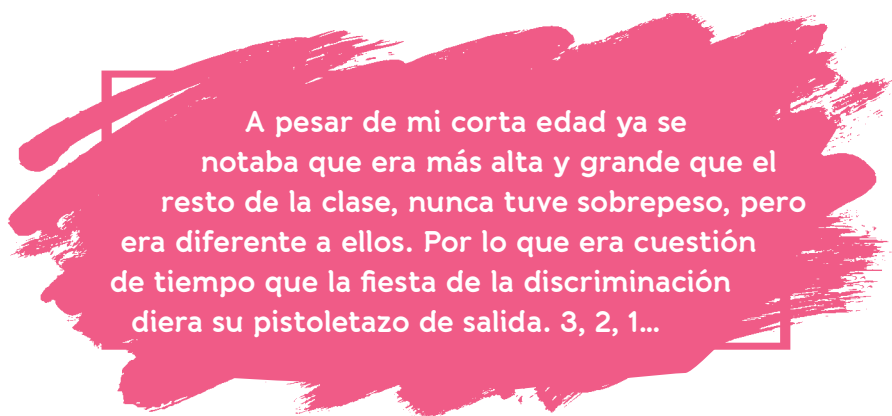


entrega decirle que no había hecho nada y que me lo hiciera (con sus súplicas y chantaje emocional incluidos). Ella era la mayor, le iba a costar menos que a mí, tenía todo el sentido (en mi cabeza, claro). O que se pasara la noche leyendo un libro que tenía que haber leído yo porque al día siguiente tenía que hacer el examen, pero obviamente, no había tenido tiempo de leerlo con mi «ajetreada» vida. Y allí estaba ella, salvándome de un suspenso garantizado (*God bless you, bendiciones, sister*).

Con el paso del tiempo, los roles se han invertido, así que digamos que queda compensado, y hoy en día seguimos más unidas que nunca.

Hasta aquí todo correcto, el problema viene cuando entran en juego otras personas ajenas a tu mundo de confort que tienes en casa y, más concretamente, en el colegio. Empezamos el salseo del *güeno, here we go*.

Comencé la escuela con tres años y hasta los cinco, aproximadamente, fue todo bastante tranquilo.



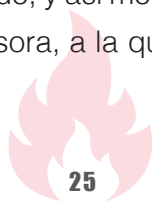
A pesar de mi corta edad ya se notaba que era más alta y grande que el resto de la clase, nunca tuve sobrepeso, pero era diferente a ellos. Por lo que era cuestión de tiempo que la fiesta de la discriminación diera su pistoletazo de salida. 3, 2, 1...

El primer recuerdo que tengo es de la hora del recreo. Estábamos unos cuantos niños haciendo cola para subirnos al tobogán, era la atracción más concurrida del patio (eso o los zancos, que siempre se agotaban y solo unos pocos privilegiados podían jugar con ellos). Cuando me disponía a subir las escaleritas, me para una compañera y me dice bien alto y claro: «¡Tú no! ¡Que estás GORDA!». No me lo esperaba y me quedé tan desconcertada que me eché a un lado sin decir nada. No entendía qué había pasado y por qué a mí, yo me miraba al espejo y veía una niña normal, que es lo que era (en esa época aún podía mirarme al espejo sin ser mi peor enemiga).

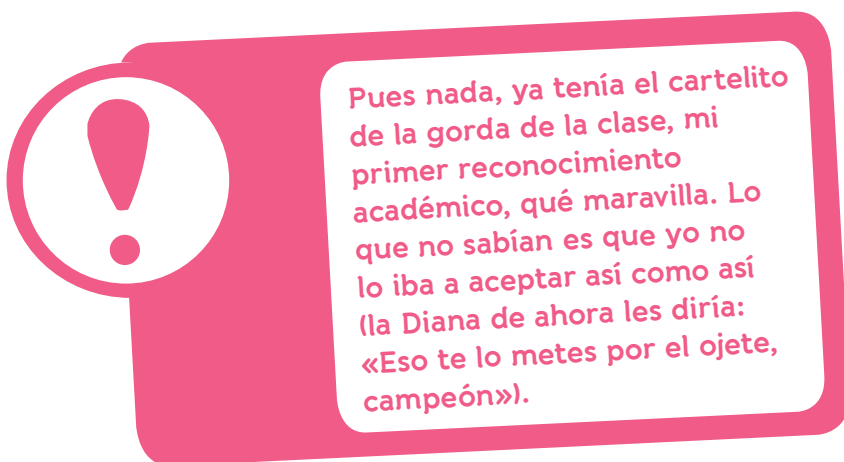
La verdad que no le di mayor importancia y seguí con mi feliz vida (¡que te lo has creído tú!). Los demás niños y niñas lo habían oído y parece ser que no era la única que lo pensaba, así que la dichosa frasecita se repitió en varias ocasiones, hasta convertirse en un clásico. Era la excusa perfecta para excluirme de juegos, conversaciones y actividades varias, «tú no porque estás gorda».

Y de ahí pasamos a las burlas constantes, año tras año, cada vez que aparecía en un libro de Conocimiento del Medio la imagen de un animal tipo foca, ballena, vaca se oían risitas y un «mira, es Diana».

Recuerdo hasta negociar con dos chicos de los que más se metían conmigo que eligieran solo un insulto para que fuera más llevadero, tenía que aprovechar mis dotes de «manipulación», y me llamaban tanque, y así me ahorraba todo lo demás. Menos mal que una profesora, a la que adoraba, los escuchó



una vez gritándome «tanqueeeee» y les echó la bronca padre. A lo que ellos se defendieron con un «pero es que Diana nos deja», haciendo alusión a nuestra negociación; que de poco me sirvió porque siguieron llamándome de todo las veces que les daba la gana.



Por lo que tenía dos opciones: o les hacía caso y me convertía en la marginada de la clase, o tiraba de mi creatividad y me hacía un mundo paralelo en el que yo era la guay.

Poco a poco, opté por la segunda opción y, de manera inconsciente, pensé: «Soy diferente, ¿qué tiene de malo?, pues voy a intentar ser más diferente aún, porque eso es lo que mola, no ser como los demás». Así que empecé a hacer cosas

atípicas para mi edad, como cuando con doce años, a escondidas de mis padres, llamé a «El Cabinista», una sección del periódico *Las Provincias* donde los ciudadanos podían expresar sus opiniones, que publicaban los domingos. Yo hablaba de temática animalista, de hecho; le hizo tanta gracia a la redactora que contactó con mis padres para pedirme un artículo todos los domingos para la sección de animales. Mis padres estaban entre atónitos y orgullosos, y yo iba al colegio toda *preciá*, creyéndome una periodista máxima.

O como aquella vez que cogí del veterinario un póster con los derechos de los animales y me fui a hacer fotocopias para empapelar el colegio con él. Solo me dejaron ponerlo en nuestra aula, pero ya era una pequeña victoria.

Incluso la elección de mis amistades, que también era atípica. Como me habían hecho ser «especial», vamos, la gorda, quería juntarme con gente como yo, es decir, todo aquel que estuviera fuera del rebaño. Por eso, cuando entraba una alumna nueva, que automáticamente se convertía en «la marginada», allá que iba yo a hacer buenas migas con ella, porque, además, por lo general, no eran españolas, lo que lo hacía aún más interesante (bajo mi punto de vista). Siendo un colegio concertado, el número de alumnos era cerrado y las *new entries* eran muy difíciles, solo si eran «hijas de» se les hacía un hueco. Así que mientras los demás discriminaban a la chica nueva mexicana, por cierto hija de diplomático, allí estaba yo dándole todo. Me parecía superinteresante, desde su acento





hasta sus costumbres, solo veía cosas positivas, aire fresco; aunque ella tampoco se libró de los insultos por no tener un físico «estándar europeo». Otro caso fue el de la hija de una deportista de élite rusa, con ella sucedió tres cuartos de lo mismo. A mí me encantaba ir con ella y me parecía lo más. El problema de estas nuevas amistades era que estaban muy poco tiempo, como máximo un curso completo, y desaparecían, así que la compañía me duraba poco.

Eran actos que me hacían diferenciarme del resto, en mi mundo eso me ayudaba muchísimo, pero en la realidad solo empeoraba las cosas. Para los ojos de los demás era aún más rara y cuando mi mundo y la realidad se cruzaban, era como una bofetada de lucidez que hacía daño. Te voy a contar unas cuantas de esas «bofetadas»:

Cuando a principio de curso proponían las actividades extraescolares todas mis compañeras, con unos diez años, se apuntaban a atletismo o *ballet*. Pues yo me apuntaba a arte dramático, era mucho más genuino saber quién era Lorca y representar *Yerma* (que menudo dramón) que ser «del montón» de bailarinas. Claro, a arte dramático íbamos cuatro gatos y no duró ni dos años porque no éramos suficientes alumnos. Encima, cuando hacíamos la obra había tres padres viéndonos y en el resto de las actividades estaban los de la AMPA dándolo todo con sus peques. Discriminación *everywhere*.

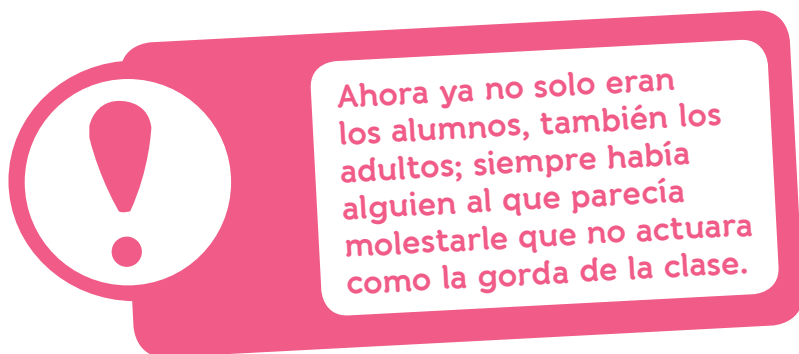
Otro de los caldos de cultivo era el comedor escolar; aquí hay tela que cortar, porque para mí comer era uno de mis momen-

tos preferidos y que me tocaran eso era peligroso, se estaban jugando un numerito como el de los donuts. Cuando llegaban las 12 h nos poníamos en fila para salir del colegio y cruzar la calle al edificio de enfrente, donde se encontraba el comedor de la escuela; en él había varias mesas rectangulares enormes en las que nos sentábamos organizados por curso.

**Nos hacían rezar cantando para bendecir la mesa (iba a un colegio de monjas), y a mí me parecía más que correcto cantar y dar palmas, porque el momento de felicidad lo merecía,** así que sin problemas me unía al: «Por este pan, por este don, te alabamos, te alabamos, por este pan, por este don, te alabamos, Señor». Y después del concierto disfrutábamos del menú: una jarra de agua, que rellenábamos del grifo del baño, un trozo de pan cada uno, un primero, un segundo y de postre una fruta o un yogur. Una vez a la semana había de segundo plato pollo con patatas fritas, ¡patatas fritas! Ese día era genial, porque luego la monja que nos traía la comida pasaba con una bandeja llena de mis amadas y levantábamos la mano si queríamos repetir. Y allí venía ella, cual aparición divina, a ponerte cuatro patatitas más (cuatro, literalmente: las podías contar con los dedos de la mano y te sobraba uno) hasta que llegó sor Angustias. Te prometo que fue por ella que empecé a cuestionarme todo esto de la Iglesia, pero ese es un tema demasiado extenso. Al llegar mi turno, se puso justo detrás de mí, yo bajé mi mano alzada esperando que me sirviera y, de repente, delante de todos mis compañeros y compañeras dice levantando la voz:



«¡A ti no, que no te hace falta comer más!». Todos y todas se empezaron a reír, yo me levanté corriendo y me encerré en el baño a llorar para que nadie viera que mi mundo de guay se estaba tambaleando. Tocada pero no hundida.



Se ve que no seguir los clichés de hundirse en la miseria y resignarse a actuar como la típica marginada no les hacía mucha gracia. Total, que ya se esforzaban ellos para que yo no me olvidara de que era diferente, lo cual estaba malamente, tra, tra.

El personal docente también tenía su cuota de bofetadas. Una vez, cuando teníamos quince años y el profesor de Educación Física, Miguel, un hombrecito que creía que tenía que prepararnos para ir a competir en un Ironman. Se olvidaba de que éramos unos críos y que con dos horas de ejercicio físico a la semana tampoco es que pudiéramos hacer malabares. Aunque eso también nos lo hizo hacer con tres pelotitas, y tengo que admitir que fue de las pocas actividades que me motivaron; podría haber tenido un futuro prometedor en el Circo

del Sol si le hubiera puesto más empeño. Tú me das ahora tres naranjas y me voy al *Tú sí que vales*.

Una mañana a Miguel se le encendió la bombilla y decidió que nos iba a medir y a pesar antes de empezar nuestro entrenamiento como deportistas de élite que (creía) éramos. Desconozco si lo hacía porque el colegio o algún ente educativo necesitaba esos datos para hacer alguna estadística, o si fue algo de su propia cosecha; el caso es que nos reunió a toda la clase en la habitación donde guardábamos los materiales y sacó la báscula y un metro. En ese momento empecé a angustiarme. ¿Cómo me iba a pesar delante de todos? Nadie podía saber lo que pesaba porque sería la comidilla, confirmaría que era la gorda de la clase, no podía permitir que eso sucediera y él lo sabía.

Comenzó por orden de lista, yo era la número diecinueve, así que tenía tiempo de pensar y ver cómo se desarrollaba la historia. Empezaron a subir las compañeras a la báscula y el tío, ni corto ni perezoso, decía los datos en voz alta mientras los apuntaba en su lista negra. Yo no sé la cantidad de *mardisiones* que le eché en un minuto.

Baja Claudia de la báscula y dice:

—¡Claudia, 1,60 m, 50 kg, muy bien!

Le sigue Patricia:

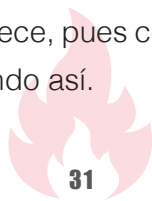
—¡Patricia, 1,65 m, 55 kg!

Se va cabizbaja y dice:

—Es que estoy en esos días, por eso pesaré más.

Y la gente murmurando:

—Vaya, 55 kg y no lo parece, pues con lo que le gusta comer, normal que se esté poniendo así.



Yo no sabía dónde meterme, qué iban a decir de mí que ya medía 1,75 m y pesaba la friolera de 65 kg. No es que fuera a ser la gorda de la clase, es que directamente iba a ser la obesa y seguro que se inventarían la manera de hacerme sentir la peor persona del mundo.

**—¡Manuel, 1,65 m, 60 kg!**

«Madre mía, peso más que Manuel, que es un chico. De esta no salgo viva».

Mi turno está llegando, pero antes me acerco al profesor y le digo susurrando, muy bajito para que nadie lo oiga:

—Por favor, ¿me puedes saltar y me peso la última cuando todos se hayan ido?

A lo que él me contesta a grito pelado para que a nadie se le escape el detalle:

**—Diana, ¿por qué quieres pesarte la última? ¡Venga, vuelve a tu sitio que ya te toca!**

Menudo momento ¡tierra trágame! Todos en silencio pendientes de mi respuesta: o me volvía a mi sitio y pasaba un bochorno para el que no estaba preparada, o me ponía chungu y terminaba en el despacho de la directora por desobedecer. Y todos sabemos que en ese momento tuve que sacar la déspota que llevaba dentro. Así que le dije que no pensaba hacerlo, que él no era un médico y no me podía obligar, no era quién para saber lo que pesaba. Visto que a las buenas no conseguí nada, saqué el valor para afrontar mi destino y conforme terminé mi discurso me fui rauda y veloz al despacho de la directora.

Ese día me volví a casa con una nota para que la firmaran mis padres, donde les informaban de que había desobedecido y contestado muy mal a un profesor, añadiendo que estaba teniendo una actitud muy irrespetuosa que no pensaban tolerar.

Pero no solo me volví con esa nota, también con un gran aprendizaje: pidiendo las cosas por favor no había conseguido salvarme, pero poniéndome en plan macarra sí; además, mis compañeros no solo no se habían reído de mí, sino que habían comentado: «Vaya tela, qué mala leche se gasta». Entonces me di cuenta de que era la solución definitiva a todos mis problemas y que si había conseguido librarme de la báscula, podría librarme de ser la gorda de la clase.

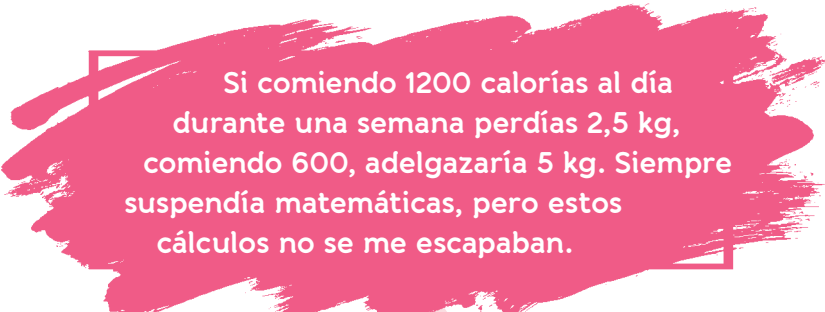
Con eso ya en la cabeza es cuando me lucí. En el último año de colegio, empecé a hacer amistades nuevas de los institutos aledaños y, atención, un año más mayores (ella, la mala). En aquella época salir de tu círculo escolar era toda una aventura y a los ojos de los demás eras supermalota porque ibas con Fulanito y Zutanita de tal colegio o Menganito del barrio chungo. Que ya os adelanto que ninguno teníamos ni media hostia y nunca me metí en una pelea ni en nada ilegal (porque colarse en la sesión *light* de la discoteca Woody con el DNI de tu amiga que ya había cumplido los dieciséis no cuenta, ¿o sí?). Nuestro nivel de chunguismo se limitaba a juntarnos fuera del colegio y mirar malamente a quien considerábamos un peligro para nuestro trono de «maldad», pero si venía alguien realmente macarra, nos íbamos por patas.



Pero este estatus era suficiente para que me dejaran en paz de una vez por todas y me tuvieran respeto. Vaya tela con lo del respeto, menuda tontería que teníamos encima. Lo peor es que surtió algo de efecto: dejaron de meterse conmigo, por lo menos a la cara, y como que pasó a un segundo plano el ser la gorda de la clase. Ojo, que no desapareció, solo que llamaban más la atención mis salidas de tono (la David Copperfield del *bullying*).

Este era mi año y estaba ansiosa por que llegara la graduación, eso quería decir que iba a perder de vista a todos y a todas las que en algún momento me hicieron daño y me iba a quitar el sambenito de la gorda de la clase, ya que yo iría a un instituto donde no habría nadie que me conociera. Matando dos pájaros de un tiro (o tres): *ciao* monjas, *ciao* hombrecito, *ciao* tanque. Y, lo más importante, iba a hacer lo imposible para adelgazar y ponerme un vestidazo para que en las fotos que quedaran para el recuerdo yo fuera la más divina.

Llegó junio y con él mi plan perfecto, yo no tenía ni idea de nutrición, pero de ver en las revistas de moda las dietas milagro y que el truco estaba en las calorías eché las cuentas rápidamente.



**Si comiendo 1200 calorías al día durante una semana perdías 2,5 kg, comiendo 600, adelgazaría 5 kg. Siempre suspendía matemáticas, pero estos cálculos no se me escapaban.**

Así que fui a la nevera y vi el paquete de pan de molde, miré las calorías que tenía, conté las rebanadas y lo dividí. ¡Vaya! Solo me puedo comer una si quiero añadir más alimentos durante el día, *OK*. Lo apunté en mi lista para tener el cuerpo perfecto, a lo que sumé un tomate y un huevo duro, que era lo que yo intuía que tendría menos calorías.

No te voy a mentir, pasé más hambre que Carracuca y tuve que mentir a mis padres e inventarme mil historias para que no me descubrieran. No porque pensara que estaba mal hacerlo, sino porque creía que ellos nunca iban a entender cuán necesario era esto para mí.

Durante esa semana fui con mi madre de tiendas para encontrar el vestido para mi glorioso día. Yo lo tenía muy claro, iba a ser muy corto, ajustado y escotado, tenía que enseñar al mundo las clavículas bien definidas y mis delgadas piernas, mi hambruna me ha costado; además, tenía que ser digno de una chica mayor que se va a petarlo por la ruta del bacalao, pero la canariona tenía otros planes para mí. Teniendo en cuenta que era en un colegio de monjas y que yo era menor de edad, mi madre decidió que lo más adecuado era un vestido por debajo de la rodilla, con cero escote y de mi talla, nada de segunda piel, ni tercera, ni cuarta. Pero ahí estaba yo con mis dotes de negociación, y a lo somormujo conseguí convencer a mi madre de que, aparte de ese vestido para la graduación, que «era precioso» (tenía que darle la razón para que colara luego el resto), necesitaba otro cambio. Porque al terminar nos íbamos de fiesta toda la clase con los profesores a Cánovas,





una zona donde hay varios locales nocturnos de Valencia, y ahí ya no había ni colegio ni monjas de por medio.

Recuerdo que fuimos a la tienda Tacto, porque en aquella época en Inditex mi *booty* de la talla 42 no entraba en ningún lado, ya sabemos que al señor Amancio *los dineros* de las personas gordas no le interesan, allí encontré una minifalda roja y un *top* haciendo juego de licra bien ajustado atado al cuello, ¡era perfecto! Mi madre no estaba muy convencida, pero yo insistía en que solo me lo iba a poner para salir esa noche, que era muy especial, ya que yo no tenía permitidas las salidas nocturnas sin adultos, o sea, mi hermana, y para una vez que podía necesitaba esa ropa. Al final me salí con la mía y me compró el conjuntito acompañado de unas sandalias con un tacón ínfimo de la talla 41, en las que los dedos de mis pies estaban pidiendo clemencia. Al llevar una 42, y no existir, porque al parecer a la industria del calzado le costaba asumir que una mujer calzara más de un 39 y que se hubiera resignado a seguir «la moda» china del vendaje para tener los pies de loto dorado, ¡qué osados fueron mis padres permitiendo que se desarrollaran y que perdiera así mi feminidad! Así que me tenía que apañar con lo que había, era eso o unas deportivas. Si es que lo tenía todo, encima me podía quedar dormida de pie.



Llegó el gran día y me levanté corriendo al baño para pesarme y ver los resultados. Me desnudé, vaya a ser que la braga pesara un kilo, y me subí a la báscula.

¡Sí! Lo había conseguido, 60 kg, pero cuando levanté la mirada hacia el espejo me veía igual o peor, no había sido suficiente, iba a seguir siendo la gorda de la clase. Ahora lo pienso y midiendo 1,75 cm y calzando un 42, 60 kg para mí significaba estar realmente delgada, pero era incapaz de verlo. Y una vez más tiré de mi mundo y me dije: «Bueno, no se darán cuenta, como voy a ir muy ceñida, dará la impresión de que no estoy tan gorda». Ahora lo pienso, y me daba un par de hostias con el ibuprofeno *included* para el después.

Me vestí y me fui a una academia de peluquería donde por solo 6 € sus alumnos te peinaban de maravilla. Era un día especial, así que no podía reparar en gastos.

Cogieron mi media melena rubio pollo y me la alisaron. Para darle el toque *glam* me hicieron unos mechones ondulados por encima, con una raya en zigzag que ni Llongueras, las modas de entonces...

Ya estaba lista, me recogieron mis padres y fuimos al colegio, estábamos todos los alumnos atascadísimos, como si fuera la



universidad, nos sentíamos muy maduros e importantes. La ceremonia fue muy a la americana con diploma, placa y birrete incluido, que no se diga que el postureo valenciano no llega a las escuelas. Dimos gracias a Dios por aquellos maravillosos años, nos cambiamos de ropa y nos fuimos de fiesta loca con los profes. Entiéndase fiesta loca como un *pub* a las diez de la noche donde solo nos servían refrescos, pero me bastaba para lucir mi modelito.

Al terminar la noche, a las 00.00 h cual cenicienta, volví a casa con un sabor un poco agridulce. Nadie había hecho alusión a mi gordura, pero tampoco a mi delgadez. Entonces ¿de qué me había servido tanto sacrificio? Yo me seguía viendo igual de mal, porque al final me había creído que estaba gorda, y lo había hecho por los demás, que encima habían pasado de mi cara olímpicamente. Así que sin pensarlo fui a la nevera, pero esta vez para pegarme un atracón de campeonato mientras mis padres dormían. Lo repetí durante varios días, en los que me torturaba pensando que todo había terminado y, aun así, no había conseguido que nadie se arrepintiera de decirme que era la gorda. Un círculo vicioso de autodestrucción de manual.

Te puedes imaginar que en dos semanas no solo recuperé los 5 kg, sino que cayó alguno más.

Y hasta aquí todo lo que recuerdo, o lo que mi mente quiere recordar. Mi mente siempre ha sido muy lista, como las *Destiny's Child*, una *survivor*.

Hace dos años, cuando empecé el canal de YouTube, una excompañera del colegio con la que hacía doce años que no hablaba me escribió por Facebook para decirme que había visto mis vídeos y que le gustaba lo que estaba haciendo. Aprovechamos para ponernos al día e inevitablemente terminamos recordando anécdotas de la escuela. Y me contó algo que me dejó de piedra. Decía que yo le imponía muchísimo, ¡yo!, la malota de postureo que tenía en su cuarto el póster con los derechos de los animales rodeado de cuadros de ositos rosas y seguía durmiendo abrazada a un peluche. Como una ocasión en la que me acerqué a ella y le dije que se levantara porque estaba en mi sitio, y yo al ver que no se iba le dije: «O te levantas o te levanto». Y ella se fue sin pensarlo porque me dijo que no me entendía, que no sabía nunca si hablaba en serio o estaba de coña. Evidentemente le pedí disculpas, aunque me dijo que para ella era una anécdota y que no le había afectado en nada. Y yo me pregunto: ¿cómo puede ser que yo no recuerde absolutamente nada de eso y ella sea capaz de decirme hasta las palabras que utilicé? No dudo de su palabra, porque después de tantos años sería una tontería inventarse algo así. Lo que me llevó a las siguientes cuestiones.

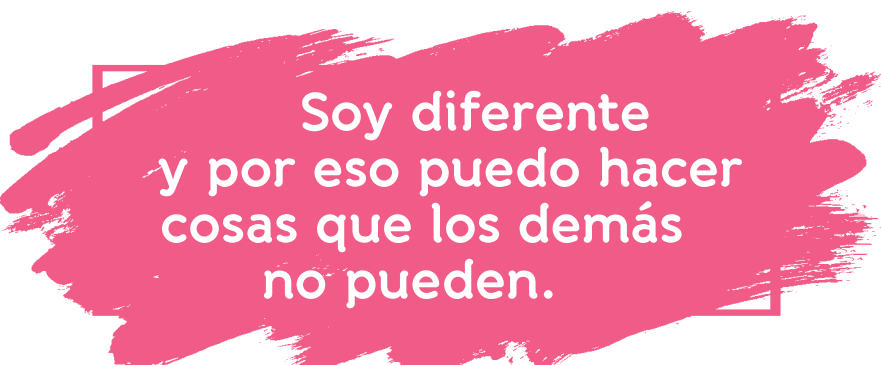
¿Acaso en mi época de chunguismo ilustrado, mi mundo y la realidad tuvieron un punto de encuentro que se ha borrado de mi mente? ¿Estuve a punto de convertirme en el tipo de persona que me había hecho esto? Creo que estuve en esa delgada línea de creerme que no solo era genial ser diferente para ayudar a que mi autoestima luchara contra los insultos, sino que



era mejor que los demás por ello. De ahí salía mi despotismo y superioridad para con ellos y se convirtió en una realidad. Pero, entonces, ¿por qué recuerdo tardes enteras llorando en mi habitación cada vez que me decían gorda si yo me creía ese papel?

Llegué a la conclusión de que fue una fachada temporal para no dejar al descubierto mis debilidades, ya que, si lo hacía, era darles la razón. Y eso sí que no...

Había conseguido transformar que mi entorno me dijera que era diferente y eso estaba mal; y que valía menos que los demás por no ser normal en algo positivo.



**Soy diferente  
y por eso puedo hacer  
cosas que los demás  
no pueden.**

**Y así conseguí reforzar, a mi manera porque era una niña, la idea de que a lo mejor no era tan malo ser la gorda de la clase,** ya que la transformación que hice con ese «título» me ayudó a interactuar con personas con las que jamás lo habría hecho: «Los marginados», que me aportaron cosas muy diferentes a lo que los demás podían ofrecer. O emprender actividades que nada tenían que ver con lo típico para una niña. Quizás fue todo eso lo que me hizo mantener los pies en la tierra y no terminar convirtiéndome de la víctima al verdugo.